



EL PRÍNCIPE SAPO

En un bosque había un castillo. En el castillo vivía un rey que tenía una hija hermosa. Su padre, para complacerla, le regalaba todo lo que ella quería: vestidos, pulseras, collares. Pero había un regalo que a la princesa le gustaba más que ninguno: una pelota de oro con la cual jugaba todas las tardes.

Una de esas tardes, la princesa se acercó al estanque que bordeaba el castillo:

–Uno, salta el conejuno –arrojó la pelota al aire y la atajó.

–Dos, que me da la tos –arrojó la pelota al aire y la atajó.

–Tres, cómo me duelen los pies –arrojó la pelota al aire y... la pelota cayó rodando hacia al estanque.

La Princesa corrió para atraparla, pero en un abrir y cerrar de ojos la pelota de oro se hundió.

–¡Buaaaaaa! –lloró, y algo se movió entre el pasto.

–¡Buaaaaaa! ¡Quiero mi pelota de oro!
–siguió llorando.

–¡Buaaaaaa! ¡Quiero mi pelota de oro!
¡Seré la princesa más triste del reino!
–continuaba lagrimeando.

–¿Qué te sucede Princesa hermosa?
–dijo una voz que venía de algun lugar.

La niña dejó de llorar. Miró para los costados y no encontró a nadie. Miró para arriba, y tampoco. Miró para abajo y solo vio su propia sombra.

–¡Aquí, en el pasto! –La joven miró con atención. Camuflado entre el verde, distinguió a un sapo y siguió llorando.

–Deja de llorar, yo puedo ayudarte
–habló el animal.

–¿Y cómo lo harías, batracio? –consultó con antipatía.

–Soy muy buen nadador y, en menos de tres segundos, tendrás nuevamente tu pelota para seguir jugando; pero...

–¿Pero qué quieres anuro? –preguntó con desagrado.

–Deberás ofrecerme...

–Un cuadro costoso para que digan “que sapo culturoso”.

–¡No!

–Trajes elegantes que hagan juego con tus guantes.

–¡Mmmm, no!

–Un banquete delicioso para que comenten “qué sapo goloso”.

–¡Recontra no!

–Y entonces, ¿qué quieres a cambio, renacuajo?

–Quiero conocer tu castillo, comer en tu mesa, dormir en tu cuarto.

–¡Pero claro que sí anfibio! ¿Y qué más quieres?

–Quiero jugar con vos todos los días y que me leas cuentos.

–No se hable más. ¡Trato hecho! –dijo la princesa.

–Trato hecho –dijo el sapo y, haciendo una voltereta, se hundió en el estanque.

Pasó un segundo y nada. Pasaron dos



segundos y nada. Pasaron tres segundos y, cuando ya la princesa estaba perdiendo la paciencia, apareció el sapo nadando desde las profundidades.

–Aquí tienes princesa –exclamó el sapo dejando la pelota sobre el pasto.

La joven, entusiasmada, tomó la pelota y comenzó a caminar hacia atrás como si fuera un cangrejo. El sapo, que no era ningún tonto, se dio cuenta y le dijo:

–Ahora, tienes que cumplir con nuestro trato.

–Ja, ja, ja –rió a carcajadas la princesa–. ¡¿Creíste que te iba a llevar a vivir a mi castillo?! Pobre anuro, ¡tan crédulo resultaste ser!–. Y se escapó corriendo.

–He sido engañado por esa princesa malcriada, pero seré respetado –afirmó el sapo mientras veía correr a la princesa alejándose hacia el castillo.

Por la noche, en el castillo, el rey y la princesa se disponían a cenar un delicioso banquete cuando uno de los sirvientes le anunció que un sapo buscaba a la joven.

–¿Un sapo? –preguntó muy asombrado el rey.

–Así es, majestad.

La princesa se hizo la desentendida.

–¿Un sapo color verde? –volvió a preguntar el rey.

–Sí, majestad.

La princesa se hizo la disimulada.

–¿Un sapo color verde, que hace croac croac?

–Claro, majestad.

–Entonces, si es un sapo, hazlo pasar.

La princesa, inquieta, ya no pudo hacerse la desentendida ni la disimulada y dijo:

–Yo no conozco a ningún sapo color

verde que haga croac croac –y comenzó a llorar unas lágrimas de cocodrilo.

El rey consoló a su hija y le pidió que le explique el motivo de la visita del sapo. Ella le contó lo que había sucedido cerca del estanque y, como siempre su padre la consentía en todo, la princesa pensó que echaría al animal del castillo. Pero no fue así.

–Querida hija, si hiciste un trato vas a tener que cumplirlo. En mi reino siempre cumplimos con lo pactado –aclaró el rey y ordenó hacer pasar al batracio al castillo.

Al entrar al comedor, el sapo saltó sobre la mesa.

–Te dije, princesa, que quería comer en tu mesa. Convídamme un poco de sopa y que no esté muy caliente.

La princesa sopló la cuchara de sopa

y, de mala gana, le dio un par de cucharadas al sapo.

–Listo, ya cumplí con mi palabra –le dijo la princesa al rey.

–Nada de eso, jovencita, ¿recuerdas que te dije que dormiría en tu cuarto?

–añadió el sapo.

–Sí... –afirmó ella, malhumorada.

–La cena me ha dado mucho sueño así que llévame a tu habitación para dormir en tu cama.

–¿Qué te has creído, anfibio? Vuelve a tu estanque a dormir bajo las estrellas.

–Hija, un trato es un trato y hay que cumplirlo –le recordó el rey.

De muy mala gana, la princesa llevó al sapo a su cuarto y, cuando ya pensaba que no tendría que cumplir con nada más, el animal le recordó:

–Prometiste leerme un cuento, porque